

Sobre el antiguo Paseo de Tacón, que empezaba alrededor de la Fuente de la India y terminaba en la Quinta de los Molinos

¿Qué se pudiera hacer con la montaña que coronaba el antiguo Castillo del Príncipe? — El Marqués de Balboa.—El General Salamanca.— Las anguilas de la Quinta de los Molinos.

por Tiburcio Castañeda

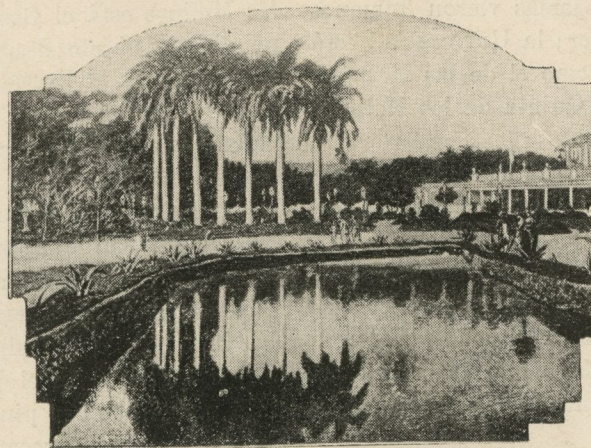
DEL propio modo que cuando uno abandona por largo tiempo un lugar querido, sea campestre o citadino, vuelve la vista hacia él como para empar en el alma su recuerdo, así también cuando las necesidades del ensanche de una gran ciudad, como lo es la Habana, obliga a la destrucción o modificación radical de lugares que nos son queridos, queremos cerrar los ojos del cuerpo, como para conservar sus recuerdos cuando les dirigimos la postrer mirada, abriéndoles los de nuestra alma para conservarlos mientras nos dure la vida terrenal.

Así, apartando la vista del Capitán General de Cuba, Tacón, como tal gobernante, pues como tal no lo vamos a juzgar aquí, es indudable que el Teatro de la Opera de Tacón, sin belleza artística, pero con condiciones acústicas inmejorables; la preciosa Fuente de la India labrada en mármol de Carrara, tan blanquísimo que rivaliza con la albura de la azucena

aun después de cerca de un siglo que está a la intemperie; el Campo de Marte, cuya construcción fué atrevida por su anchura en medio de construcciones citadinas; la anchurosa Calzada de la Reina, que conducía y conduce al Paseo de Carlos III, que era el de moda para los que paseaban a pie como para los que iban en volantas y quitrines, en fandem o faetón hasta el pie de la montaña sobre la que se alza todavía el Castillo del Príncipe, que después de ser fortaleza sirvió, hasta hace dos años, para Presidio; ornamentado ese paseo de Carlos III por la

noble estatua de ese rey de España, reformista, de origen italiano, debiéndose a Cánova, el genial artista italiano ese bello monumento que hace olvidar, por fortuna, la feísima fuente que en ese paseo se levanta, que la llamaban "de los molinillos" por los artefactos de piedra que únense y que parecen molinillos para deshacer el chocolate en el hervidor, son blasones que puede ostentar la historia de ese Capitán General.

Los que fuimos amigos del Marqués de Balboa no olvidamos esta narración que él nos hacía: siendo don Pedro de Balboa jefe del Departamento de Instrucción Pública del Gobierno General, solía ir a cortejar en un faetón a la señorita Inés Golry, que paseaba en coche con algunos de sus familiares por el Paseo de Carlos III, guiando una tarde un faetón se le desbandó el caballo y allí quedó en el suelo don Pedro de Balboa, maltrecho y con una pierna rota,



Zanja Real. Embalse en la Quinta de los Molinos.

teniendo que guardar inmovilidad absoluta en la cama mientras se consolidaba el callo óseo de la fractura.

Pero doña Inés, como galardón a la constancia del amor de Perico Balboa, como dicen que le llamaban sus íntimos, le concedió su amor y fueron siempre dos esposos muy amantes.

Y ya se sabe lo que quería el Marqués de Balboa a esta tierra de Cuba, pues nunca volvió a España y construyó el palacete, en que se miraba con regocijo, que hoy se ha ampliado y que es sede del Gobierno Civil de la Provincia de la Habana.

Al final del Paseo de Carlos III estaba, a la izquierda, la estación del ferrocarril para ir a Marianao, y a la derecha, en la cercanía de la montaña del Castillo del Príncipe, se hallaba la modesta Quinta de los Molinos, así llamada porque se pensó construir allí, antes de que fuese estancia veraniega de los Capitanes Generales, alguna industria movida por la fuerza hidráulica de la Zanja Real, que se ve muy bien en una de las fotografías que se acompañan a este artículo y que daba agua a la ciudad de la Habana antes de que el genio de Albear la dotase con el caudal del agua de Vento.

Yo he conocido la Quinta de los Molinos cuando la habitaban los Capitanes Generales, teniendo a su vera el jardín que después se hizo Botánico, y por tanto, agregado a la Universidad. Vi en ella luego una Exposición de frutas

y aves, siendo Presidente de la República el general José Miguel Gómez, y pronunciando el discurso inaugural mi muy estimado amigo el brillante diplomático señor Martínez Ortiz, que es hoy, con gran brillo para sí y para Cuba, Ministro de Estado. El Jardín Botánico, a pesar de los esfuerzos de la Universidad, a cuyo cargo está, es muy poco jardín para un país frondoso como Cuba,

con las más bellas flores que jamás vieron humanos ojos, como dijera el descubridor; la Universidad está pidiendo a gritos un jardín como el de las Hespérides, y allí no hay sitio, en la Quinta de los Molinos, para tanta ostentación florestal.

Ya diremos después de este artículo por dónde puede extenderse ese menudo Jardín Botánico, en su cercanía actual.

Tenía la Quinta de los Molinos una gran ventaja para la tranquila estancia allí de los Capitanes Generales, que era su frescura y la belleza de sus flores.

No hay en todas las cercanías de la Habana sitio donde haya más brisa, sin viento molesto, que en la Quinta de los Molinos.

Pocas gentes saben, con haber vivido muchos años en Cuba, que por el fondo de la Quinta de los Moli-

nos corre la Zanja Real, tan anchurosa como se puede ver en la fotografía adjunta.

Y a esta razón quiero relatar algo que tiene estrecha relación con la estancia del General Salamanca, que fué Capitán General de Cuba.

Tenía el General un médico catalán muy práctico y sabio, Roure, que era, además, gran pescador de anguilas, que abundaban en ese trozo de la Zanja Real; se ponían las cuerdas con los anzuelos a las doce de la noche en la Zanja Real, y al recogerlas al amanecer era casi seguro que en cada anzuelo había una hermosa anguila, que cocida a la francesa, con su misma salsa—dicen los adeptos de Brillat Savarin—, son deliciosas.

Y a propósito del General Salamanca, han corrido muchas patrañas respecto de su muerte, y hasta se dijo que los españoles de Cuba lo habían envenenado porque los perseguía.

Salamanca tenía una antigua úlcera de origen específico (los médicos saben lo que esto significa) en el frente de la pierna derecha. Y de repente, como suele a veces suceder, se complicó esa úlcera con una violenta inflamación del hígado, que la mayor parte de las veces es mortal, como en el caso de Salamanca.

Detrás de la Quinta de

los Molinos está el Castillo del Príncipe, que no tiene ningún objeto después de trasladados los presos que allí había al Presidio de Isla de Pinos.

¿Para qué sirve el Castillo allí? A mi juicio, para nada, como no sea para ir sacando la piedra y tierra de que está formado e ir rellenando con ellas, por el Departamento de Obras Públicas, las enormes furnias que afean e impiden que se utilicen muchos terrenos del Vedado para construcciones.

El día que esa misma mole que forma la montaña del Castillo del Príncipe desaparezca, habrá hermosas perspectivas en el Vedado y Marianao, y el Estado podrá obtener pingües ganancias de las ventas de los solares que reemplazarán a la montaña sobre la que existe ese que fué Castillo.

La Habana, enero de 1929.



La Quinta de los Molinos en 1896.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA